

consolaban mutuamente de su suerte, y caidos ambos perdonaban á los dioses.”

En fin, la libertad de Roma espira á los piés de Cartago destruida y encadenada. La venganza es completa: un Escipion es el que cae en Africa bajo los golpes de César, y su cuerpo es el juguete de las mismas olas que llevaron los bajeles triunfantes de sus abuelos.

Pero todavía vive Caton en Útica, y con él permanecen aún en pié Roma y la libertad. Se aproxima César: Caton juzga que los dioses de la patria se han retirado, y pide su espada: llévasela un niño; la saca de la vaina, toca la punta, y dice: “Yo soy mi dueño.” Se acuesta en seguida, lee dos veces el dialogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, y quédase dormido. Despiértale al amanecer el canto de las aves; entonces piensa que ya es tiempo de trocar una vida libre por una vida inmortal; se da una estocada bajo del estómago, y cae de la cama luchando con la muerte. Acuden sus domésticos y vendan la herida; pero volviendo de su desvanecimiento, desgarran las vendas y se arranca las entrañas, queriendo mas bien morir por una causa santa, que vivir bajo el imperio de un grande hombre.

Cumplidos los destinos de Roma republicana, y cambiados los hombres y las leyes, cambió igualmente la suerte de Cartago. Tiberio Graco habia ya establecido una colonia en el desierto recinto de la ciudad de Dido; mas esta colonia no debió prosperar, porque Mario solo encontró en Cartago cabañas y ruinas. Hallándose Julio César en Africa, tuvo un sueño, en el que creyó ver un grande ejército que le llamaba bañado en lágrimas. Desde entonces formó un proyecto de reedificar á Corinto y á Cartago, de donde al parecer debian salir los guerreros que le habia

prometido el sueño. Augusto, que tuvo parte en todos los furoros de una revolucion sangrienta, y los reparó todos, realizó el designio de César. Salió Cartago de entre sus ruinas, y asegura Strabon que en su época se hallaba ya en un estado floreciente. Con el tiempo llegó á ser la metrópoli del Africa, y se hizo célebre por su urbanidad y por sus escuelas. En ella nacieron sucesivamente grandes y felices ingenios. Tertuliano le dirigió su *apologético* contra los gentiles. Pero cruel siempre en su religion, persiguió á los cristianos inocentes de la misma manera que en otro tiempo quemaba niños en honor de Saturno; y martirizó al ilustre Cipriano, que hacia florecer en ella la elocuencia latina; Arnobio y Lactancio se distinguieron en Cartago, y el último mereció el renombre de *Ciceron cristiano*.

Sesenta años mas adelante, San Agustin adquirió en la capital de Africa aquel gusto de los placeres por el cual, como el rey profeta, lloró todo el resto de su vida. Su lozana imaginacion, seducida por las ficciones de los poetas, complaciase en buscar los restos del palacio de Dido. Pero el desencanto que trae consigo la edad y el vacío que sigue á los placeres, convirtieron al hijo de Mónica á mas graves pensamientos. San Ambrosio acabó la victoria, y San Agustin, hecho obispo de Hipona, fué un modelo de virtud. Su casa parecia una especie de monasterio, en donde ni en pobreza ni en riqueza se notaba afectacion alguna. Vestido con un traje modesto, pero limpio y agradable, el venerable prelado desechara las hábitos magníficos, que no convenian, decia, ni á su ministerio ni á su cuerpo, quebrantado por la vejez, ni á las canas que cubrian su cabeza. Ninguna mujer entraba en su casa, ni aun su hermana, viuda y sierva de Dios. Los forasteros

encontraban en su mesa una hospitalidad liberal; mas en cuanto á él, solo se mantenía con frutas y legumbres. Su principal ocupacion la formaban la asistencia á los pobres y la predicacion de la palabra de Dios, y en el ejercicio de estos deberes le sorprendieron los bárbaros, que sitiaron á Hipona en el año 431 de nuestra era, y que cambiaron el aspecto del Africa.

Los bárbaros habían invadido ya las grandes provincias del imperio: la misma Roma habia sido saqueada por Alarico. Los vándalos, ó impelidos por los visogodos, ó llamados por el conde Bonifocio, pasaron, en fin, de España á Africa. Segun Procopio, eran de la raza de los godos, y á su ferocidad natural unian el fanatismo religioso. Convertidos al cristianismo, mas arrianos de secta, persiguieron á los católicas con inaudito encarnizamiento. Su crueldad no tuvo ejemplo; cuando eran rechazados delante de una ciudad, asesinaban al rededor de ella sus prisioneros, y dejaban los cadaveros espuestos al sol, encargándoles, por decirlo así, que llevasen la peste á aquel pueblo adonde no habia podido alcanzar su rabia. El Africa quedó espantada á la visia de aquella raza de hombres, gigantes medio desnudos, que consideraban á los pueblos vencidos como una especie de bestias de carga, los hacian marchar en manadas delante de ellos, y los degollaban cuando estaban cansados.

Genserico estableció en Cartago la silla de su imperio: era digno de mandar á los bárbaros que Dios le habia sometido, porque era un príncipe sombrío, sujeto á los accesos de la mas negra melancolía, y que en el naufragio general del mundo civilizado, parecia grande porque se habia colocado sobre montones de ruinas.

En medio de sus desgracias, todavía estaba reservada la

última venganza á la ciudad de Dido. Genserico atraviesa el mar, se apodera de Roma, y la entrega á sus soldados por espacio de catorce dias y catorce noches. Reembárcase en seguida, y la flota del nuevo Anibal lleva á Cartago los despojos de Roma, bien así como la flota de Escipion habia llevado á Roma los de Cartago. Todos los bajeles de Genserico, dice Procopio, llegaron felizmente á Africa, menos el que llevaba los dioses. Establecido sólidamente Genserico en su nuevo imperio, salia todos los años para talar la Italia, la Sicilia, la Eiria y la Grecia. Los ciegos conquistadores de aquella época sentian interiormente que no eran nada por sí mismos, pues eran solo instrumentos de un consejo eterno. De aquí los nombres que se daban de *Azote de Dios*, *Destructor de la especie humana*, etc.; de aquí aquel furor de destruir que los atormentaba, aquella sed de sangre que no podian apagar; de aquí aquella combinacion de cosas que influia en el éxito de sus empresas: bajeza en los hombres, falta de valor, de virtudes, de talento, de génio; porque nada debia ser un obstáculo al cumplimiento de los decretos del cielo. La flota de Genserico estaba pronta; los soldados se habian embarcado: ¿á dónde iba? él mismo no lo sabia. "Príncipe, le dice el piloto, ¿qué pueblos vais á atacar?—Aquellos, contestó el bárbaro, á los que Dios mire ahora en su indignacion."

Genserico murió treinta y nueve años despues de haber tomado á Cartago, y esta fué la única ciudad de Africa que no desmanteló. Sucedióle su hijo Honorico, que despues de un reinado de ocho años, fué reemplazado en el trono por su primo Gondamundo, el cual reinó trece años y dejó la corona á su hermano Transamundo.

El reinado de este fué al todo de veintisiete años. Ilde-

rico, hijo de Honorico y nieto de Genserico, heredó el reino de Cartago; pero Gelimero, su pariente, conspiró contra él; y le hizo encerrar en un calabozo. El emperador Justiniano tomó la defensa del monarca destronado, en cuyo auxilio pasó á Africa Belisario. Opuso Gelimero una débil resistencia; el general romano entró victorioso en Cartago, dirigióse al palacio, y por un capricho de la fortuna comió los mismos manjares que se habian preparado para Gelimero, y fué servido por los mismos oficiales de este príncipe: nada habia cambiado en la corte fuera del señor, y esto es bien poca cosa cuando ha dejado de ser feliz.

Belisario, por lo demás, era digno de su fortuna, porque era uno de aquellos hombres que aparecen de tarde en tarde en los dias del vicio, para interrumpir el derecho de prescripcion contra la virtud. Desgraciadamente estas almas nobles, que brillan en medio de la general degradacion, no producen revolucion ninguna, ni están enlazadas en los negocios humanos de su tiempo; y extranjeras y aisladas en el presente, no pueden tener ninguna influencia en el porvenir. El mundo gira sobre ellas sin arrastrarlas en su movimiento; mas ellas no pueden tampoco detener al mundo. Para que las almas de temple elevado puedan ser útiles á la sociedad, es menester que nazcan en un pueblo que conserve el gusto del orden, de la religion y de las costumbres, y cuyo génio y carácter estén en relacion con su posicion moral y política. En el siglo de Belisario los acontecimientos eran grandes y los hombres pequeños, y esta es la razon de que los anales de aquel siglo, aunque llenos de catástrofes trágicas, nos repugnan y nos fatigan: y es que en la historia no buscamos las revoluciones que dominan y oprimen á los hombres, sino á los hombres que vencen á las revoluciones y son mas poderosos que la fortuna.

El universo trastornado por los bárbaros, solo nos inspira horror y desprecio, y una leve querrela de Esparta y Atenas en un pequeño rincon de Grecia, nos ocupa con razon continuamente.

Gelimero, prisionero en Constantinopla, sirvió al triunfo de Belisario, y poco despues se hizo labrador. En semejante caso la filosofía puede consolar á un hombre comun, pero solo sirve para aumentar la amargura de un corazon verdaderamente real.

Se sabe que Justiniano no hizo sacar los ojos á Belisario, y esto además, no seria mas que un acontecimiento muy poco importante en la grande historia de la ingratitud humana. En cuanto á Cartago, vió salir un príncipe de sus muros para ir á sentarse en el trono de los Césares: este fué Heraclio, que destronó al tirano Focas. En el año 647 hicieron los árabes su primera expedicion á Africa, la cual fué seguida de otras cuatro en el espacio de cincuenta años. Cartago cayó en poder de los musulmanes en 696, y la mayor parte de los habitantes se salvaron en España y en Sicilia. El patricio Juan, general del emperador Leoncio, ocupó la ciudad en 697; pero los sarracenos la recuperaron para siempre en 698, y la hija de Tiro vino á ser presa de los hijos de Ismael. Tomóla Hassan en el califato de Ab-el-Melike, y se dice que los nuevos señores de Cartago arrasaron la ciudad hasta los cimientos. Sin embargo, todavía existian grandes ruinas al principio del siglo IX, si es cierto que los embajadores de Carlo-Magno descubrieron entre ellas el cuerpo de San Cipriano. Hacia el fin del mismo siglo formaron los infieles una liga contra los cristianos, y dice la historia que estaban á su cabeza los *sarracenos de Cartago*. Ya veremos tambien que San Luis encontró una ciudad naciente dentro de las ruinas de

la antigua. Sea de todo esto lo que se quiera, lo cierto es que en el día ya no ofrece mas que las ruinas de que voy á hablar. En el país solo se la conoce con el nombre de Bersach, que parece ser una corrupcion del nombre de Birsá. Para ir de Túnez á Cartago es menester preguntar por la torre de Almenara, ó *la torre*¹ de Mastinacés: *ventoso gloria curru.*

Es muy difícil comprender, segun la narracion de los historiadores, el plano de la antigua Cartago. Polibio y Tito Livio habian sin duda hablado con mucha estension del sitio de esta ciudad; pero no existen ya sus descripciones, y nos vemos reducidos á los observadores latinos, como Floro y Velejo Paterculo, que no entran en el pormenor de los lugares. Los geógrafos que florecieron posteriormente, solo conocieron la Cartago romana. La autoridad de mayor peso en este punto es la del griego Apiano, que florecia cerca de tres siglos despues del acontecimiento, y que en su estilo declamatorio carece de precision y claridad. Rollin que le sigue corroborándole, quizá con poco acierto, con la autoridad de Strabon, me ahorrará el trabajo de traducirle.

“Hallábase situada en el fondo de un golfo, cercada de mar, y formando una península, cuyo cuello, esto es, el istmo que la unia al continente, tenia una legua y un cuarto (veinticinco estadios). La península tenia de circuito diez y ocho leguas (trescientos sesenta estadios): de la parte de Occidente salia de ella una larga lengua de tierra, de cerca de doce toesas de ancho (medio estadio), que entrándose en el mar, las separaba de las marjales, y cerrábanla

¹ Estas palabras *la torre*, están en el original en castellano. (Ed. E.)

por todos lados las rocas y una muralla sencilla. Por la parte del Mediodía y del continente, en donde estaba la ciudadela llamada *Byrsa*, cerraba la ciudad una triple muralla de treinta codos de alto, sin los parapetos y las torres que flanqueaban todo el circuito á distancias iguales de ochenta toesas. Cada torre tenia cuatro pisos, las murallas solo dos; estaban abovedadas, y en la parte inferior tenian establos para colocar trescientos elefantes, con todo lo necesario para su mantenimiento, y en la superior caballerizas capaces de cuatro mil caballos y los correspondientes graneros. Tambien habia alojamiento para veinte mil infantes y cuatro mil caballos. En fin, todo este aparato de guerra se contenia en las murallas. Solo habia un punto de la ciudad cuyas murallas eran débiles y bajas: era un ángulo descuidado que empezaba en la lengua de tierra de que ya hemos hablado, y continuaba hasta el puerto, que se hallaba situado á la parte de Poniente. Habia dos puertos que se comunicaban entre sí, pero que solo tenian una entrada de sesenta piés de ancho cerrada con cadenas. El primero era para los buques mercantes, y hallábanse en él muchas y diversas habitaciones para los marineros. El otro era el puerto interior para los buques de guerra, en medio del cual se veia una isleta llamada *Cothon*, rodeada, lo mismo que el puerto, de grandes muelles, en donde habia piezas separadas para poner á cubierto doscientas veinte naves, y almacenes en donde se conservaba todo lo necesario para su armamento y equipo. La entrada de estas dársenas, destinadas á contener los buques, estaba adornada de dos columnas de mármol de orden jónico, de suerte que tanto el puerto como la isla, presentaban por ambos lados dos magníficas galerías. En esta isla estaba el palacio del almirante, y como se hallaba en frente de la entra-

da del puerto, se descubria desde allí todo lo que pasaba en el mar, sin que desde el mar pudiera verse nada de lo que se hacia en el puerto. Tampoco podian ver los mercaderes lo que se hacia en los buques de guerra, porque los dos puertos estaban separados por una doble muralla, teniendo cada uno su puerta particular para entrar en la ciudad sin pasar por el otro. Ppeden, pues, distinguirse en Cartago tres partes diferentes: el puerto, que era doble, llamado algunas veces *Cothon*, por la isleta de este nombre; la ciudadela, llamada *Byrsa*, y la ciudad propiamente dicha donde residian los vecinos: rodeábala la ciudadela, y se llamaba *Megara*."

De esta primera ciudad no quedan probablemente mas que las cisternas públicas y particulares, que son magníficas, y dan una grande idea de los monumentos de los cartagineses; pero yo discurro que el acueducto que conducia el agua á estas cisternas, debe atribuirse á la segunda Cartago. Para creer que la ciudad de Dido fué enteramente destruida, me fundo en este pasaje de Floro: "*Quanta urbs deleta sit, ut de cæteris taceam, vel ignium mora probari potest. Quippe per continuos XVII dies vix potuit incendium extinguere quod domibus ac templis suis sponte hostes immiserant; ut quatenus urbs eripi Romanis non poterat triumphus arderet.*"

Añade Apiano que lo que se libertó de las llamas fué demolido por orden del senado romano. "Roma, dice Velejo Paterculo, dueña ya del mundo, no se consideraba segura mientras durase el nombre de Cartago." *Si nomea usquam maneret Carthaginis.*

Strabon, en su breve y clara descripción, confunde evidentemente diferentes partes de la antigua y de la nueva ciudad.

"Cartago, rodeada de muros por todas partes, ocupa una península de trescientos estadios de circuito, que ha unido á la tierra firme por medio de un istmo de sesenta estadios de ancho. En medio de la ciudad se elevaba una colina, sobre la cual estaba edificada la ciudadela llamada *Byrsa*. En lo mas alto de ésta se veia un templo consagrado á Esculapio, y las faldas de la colina estaban pobladas de casas. Los puertos están al pié de *Byrsa*, como tambien la isleta redonda llamada *Cothon*; alrededor de la cual forman las naves un círculo."

Sobre esta palabra *Karchedon* del original, observe con muchos autores, que segun Samuel Bochart, el nombre fenicio de Cartago era *Cartha-Hadath* ó *Cartha-Hadatha*, esto es, la ciudad nueva. De esta voz hicieron los griegos *Karchedon*, y los romanos *Cartago*. Los nombres de las tres partes de la ciudad provenian igualmente del fenicio. *Magara* de *magar*, almacén; *Byrsa* de *bosra*, fortaleza, y *Cothon* de *ratoun*, cortadura; porque no es seguro que el *Cothon* fuese una isla."

Strabon nada mas nos dice de Cartago, sino que habia llegado á ser una de las mayores y mas hermosas ciudades del mundo. Plinio, sin embargo, se limita á decir: *Colonia Cartago magnæ in vestigiis carthaginis*. No le hacemos favor Pomponio Mela, que fué anterior á Plinio: *Jamquidem iterum opulenta, etiam nunc tamen priorum excidiorum, quam ope presentium clarior*; pero Solino dice: *Alterum post urbem Roman terrarum decus*. Y otros autores la llaman la Grande y la Dichosa: *Carthago magna, felicitate reverenda*.

La nueva Cartago sufrió un incendio en el reinado de Marco Aurelio; porque vemos á este príncipe ocupado en reparar las desgracias de la colonia.